

A últimos de marzo

*Elizabeth Bishop**

Para John Malcolm Brinnin y Bill Read: Duxbury

Hacía viento y frío, no era un día apropiado para tomar el fresco por esa larga playa. Todo estaba apartado lo más lejos posible, aspirado: menguante la marea, encogido el océano; aves marinas, solas o en parejas. Viento costero, helado y turbulento, nos congeló la mitad de la cara, rompió la formación de un bando solitario de gansos canadienses y rechazó soplando tendidas olas mudas en acerada niebla vertical.

El cielo, más oscuro que las aguas
—su color era el jade del unto de carnero.
Por la húmeda arena, anduvimos con botas de hule tras una pista de grandes huellas de perro (tan grandes que semejaban más las de un león). Luego seguimos interminables leguas de cuerda blanca y húmeda, trenzada con la línea de marea, hasta el agua, en multitud de lazos. Terminaron por fin: tupida greña blanca, del tamaño de un hombre y a flor de agua, se elevaba con cada ola, empapado espectro que luego reculaba, calado, dando el alma...
¿Cordel de un papalote? —Pero sin papalote.

Yo quería alcanzar mi protosoñada casa,
mi criptosoñada casa, esa apandada caja
puesta sobre pilotes y con verde tejado

* Elizabeth Bishop (1911-1979) nació en Massachusetts y residió durante un tiempo en Brasil. Recibió varios premios, entre ellos el Pulitzer en 1956.

—una especie de casa alcachofa pero más verde
(¿hervida en bicarbonato de soda?),
de las grandes mareas protegida
por una palizada de —¿durmientes de tren?
(De ese lugar son ambiguas muchas cosas.)
Me gustaría recogerme en ella, para no hacer nada
o casi nada, siempre, en dos escuetos cuartos,
mirar con los prismáticos, leer libros tediosos,
largos, muy largos libros viejos, y poner al día inservibles apuntes;
hablar conmigo a solas y, en los días de bruma,
observar cómo escurren las gotitas, henchidas de luz.
Por las noches, *un grog à l'américaine*;
lo haría flamear con un cerillo de cocina
y la exquisita, tersa llama azul
vacilaría, duplicada en la ventana.
Ha de haber una estufa; hay una chimenea,
de lado, enderezada con alambres;
y quizá luz eléctrica
—al menos, en la parte trasera, otro alambre
une con flojedad todos los cables
con algo que se encuentra más allá de los médanos.
Hay luz para leer: ¡perfecto! Pero —imposible.
Y aquel día el viento era demasiado frío
como para llegar tan lejos, y, huelga decirlo,
la casa había sido condenada con tablas.

Ya de vuelta, se heló la otra mitad de nuestras caras.
El sol salió, sólo un instante.
sólo un instante, en arena engastadas,
las opacas, mojadas piedras esparcidas
fueron multicolores
y las que eran bastante altas proyectaron largas sombras,
sombras individuales, que al punto recogieron.
Quizá habían estado tomando el pelo al sol león,
pero ahora él estaba a sus espaldas
—sol que a su paso por la playa con la última marea baja
había impreso aquellas grandes y majestuosas huellas
y que quizá había sacado a zarpazos un papalote del cielo para
jugar con él.

(Versión de José Luis Rivas)